



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1.843

Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS



SUMARIO

- CÉSAR JALON**
Sección vermouth.
- ANGEL G. LUGEA**
Su muerte.
- CLARITO**
Nuestros artistas y la guerra.
- LOLO**
Sucedido.
- LUIS ESTESO**
...Y vamos tirando.
- EDUARDO ZAMACOIS**
Una historia.
- VICENTE VEGA**
Una buena acción.
- PACO MATEOS, TINO,
RINCON y BETICO**
Varios dibujos y retratos de
Fornarina, Tina Rueda y
Joselito.

TINA

RUEDA



5 cénts.

*Estupenda bailarina que goza de gran fama en los coliseos de Barcelona. Baila muy bien y es, además, de las que les gusta ir con malla, para no exhibir la carnecita.
¡Quién tuviese una «tina» así para este verano!*



Crónicas serias.

Escribir en serio en este país de jácara, y puede ser que también de jicara, vale lo mismo que pretender el cobro de unos alcances de Ultramar ó que darse una vuelta por la Castellana, es decir, que todo ello es pasar el rato.

Por eso, si yo tratase de hacer labor social, denunciando abusos y corruptelas, perdería lastimosamente el tiempo; pero ya he dicho que mi único objeto es poner un comentario á esas porquerías que nos hacen pensar en que, no obstante haber ilegado á valer la poseta ¡igual que el franco, no hay más remedio que «cambiar la poseta».

SOLEDAD



—¡Está visto que hoy no voy á encontrar quien me monte!

¡Sobre que la noble tarea de purificar el ambiente, es exclusiva de los desinfec-tantes!

Jacinto Benavente, nombre sustantivo que ha dado origen al verbo «benaven-tear», es un caso digno de comentarse.

Yo, que he seguido paso á paso la vida de D. Jacinto —la vida literaria, señores; no confundirme—; que he asistido á la representación de sus mejores traducciones, he sentido caerme el alma á los pies leyendo las «sobremesas» que con los suyos está escribiendo Benavente en *El Imparcial*.

En uno de sus más frescos artículos —lo de fresco puede tomarse por reciente y por lo demás—, censuraba el concienzudo germanófilo la arbitrariedad inglesa. «Si Inglaterra —decía— aprueba ciertas medidas de Alemania y manda copiarlas, ¿por qué la combate? ¿Por qué combatir una nación á la que se copia?»

Pues por una razón muy sencilla: por la misma razón que usted combate á Francia é Inglaterra, de cuyos célebres teatrólogos ha copiado usted sus mejores obras.

Si las copia usted, ¿por qué las combate? Menos mal que D. Jacinto, genio al fin, y por ende versátil, dice unas cosas por delante y luego hace otras por detrás.

¡Hay que perdonar algo á los genios!

En España nos hemos beneficiado con la existencia de tres Martínez funestos, á saber: Martínez Campos, Martínez Sierra y Martínez Abades.

Por cierto que este último Martínez está indignado con nosotros porque hemos atribuido á «Rafles» el *couplé* de «El ladrón», que es suyo y muy suyo.

Afortunadamente, vivimos en un pueblo donde no es cosa de regatear la paternidad de un ladrón más ó menos. ¡Hay tan-

DOMINADORAS



—Pues cara de muy buena, no tiene usted. Lo que es que le tendrá usted miedo á su esposo.

—Se equivoca usted, caballero: tengo á mi esposo «debajo del sobaco».

tos! Quede, pues, en buen hora el señor Martínez como reconocido propietario de «El ladrón».

Y vaya de paso nuestra enhorabuena por sus estupendas marinas, que, como dijo el otro, «son unas marinas que pueden atravesarse sin mojarse los pies».

Recordarán mis lectores —si los tengo— mi alusión en nuestro último número á los espectáculos escandalosos en unos jardines en término de Carabanchel, de cuyo nombre no quiero acordarme, y en donde sí que puede decirse aquello de «entre tonos anda el juego».

Pues bien; mi triunfo ha rayado en lo enorme. No solamente «funciona» aquel antro, sino que se han abierto otros nuevos.

En casa de Juan, en la Bombilla, cuarenta artistas de *varietés* y camareras dis-

traen al auditorio al compás del piano, del organillo y... de los *bistechs*.

Los cenadores se han convertido en reservados; y los reservados, en cenadores, sin perder su cualidad de reservados.

Pero esto verdaderamente no merece censura alguna. Cuando cada cosa está en su lugar, quejarse es una gcllería.

Además, allí hay artistas que, como Vicenta Vargas, tienen cartel de «estrellas», y que sólo se dedican á su trabajo artístico, que es el único que las da de comer en su casa, no en la Bombilla.

Compadecemos, eso sí, á Juan, porque, si no nos engañamos, le va á ser tan difícil salir á Juan de su casa, como fácil le es á Pedro entrar en la suya.

Aunque no faltará quien diga que, habiendo estado tal noche en casa de Juan, «entraba como Pedro por su casa». A veces, por entre tanta camarera se encontrará anchura. ¡Qué duda cabe!

Y... perdonad sus muchas faltas.

CÉSAR JALON

CONOCIMIENTOS



—¡Y pensar que á estas horas estará nuestra chica pasando las moradas en los exámenes de Declamación!

—Hombre, no te apures. Ya sabes que yo conozco á todos los miembros del Jurado.

LA MENDICIDAD



—Padre, no le digas á ese caballero que tienes seis hijos.

—¿Por qué?

—Porque el otro día preguntó que á quién le echabas la culpa...

SU MUERTE

Sentada, cara al sol, miraba al cielo
y tosía febril de cuando en cuando...
Sus manos, en mis hombros descansando,
lirios sagrados, pájaros de hielo.

Entre el albo mantón de terciopelo
de sus senos, mi frente, reposando,
oyó la serpentina galopando

del loco corazón que fué mi anhelo.

Vi acercarse los negros nubarrones...
¡Delirio cruel! ¡Fantasmas y dragones!
Se iluminó el cenit. Tosió más fuerte...

Me pareció el relámpago atrevido,
por la mano de Dios que fué encendido,
para sublimizar así su muerte...

ANGEL G. LUGEA



Nuestros artistas y la guerra.

Lo que debe decir Joselito.

La fiebre taurina, que ha entrado en corto y por derecho á todos los españoles, no podía menos que influir en la Prensa, y, en efecto, desde el rotativo de gran circulación, hasta el más insignificante semanario, han ilustrado sus editoriales con *interviews*, declaraciones y hasta cuentos fantásticos de todos los toreros habidos y por haber.

De ahí que, puestos nosotros en trance de ocuparnos del Sumo Pontífice de la Tauromaquia, nos encontremos con un terreno esquilado en demasía.

¿Qué podría decirnos Joselito, que ya no haya dicho? ¿Qué podemos «inventarle», que ya no le hayan «inventado»?

En realidad de verdad, que dicen los oradores á la moderna usanza, ni él puede decirnos nada nuevo, ni nosotros inventarlo.

Hemos de hablar, pues, de cosas viejas.

¿Es Joselito mejor torero que Belmonte?

Belmonte dice que sí. En un almuerzo recién

temente celebrado en Valencia, Juanito, comprendiendo llegada la hora de la sinceridad, exclamó ingenuamente, dirigiéndose al menor de los Gallos:

—Déjate tú de fenómenos; el fenómeno eres tú.

Y como Joselito sonriese, devolviéndole con un significativo movimiento de cabeza la franca declaración, agregó el trianero:

—Sí, sí. Tú eres el fenómeno. Teórica y prácticamente. Yo he leído en un libro que me prestó *Claridades*, después de decirme que no dejase de devolvérselo, porque le hacía mucha falta; yo he leído en ese libro, que me parece que se titula *Diccionario de la Lengua Castellana*, que torear es burlar al toro, y yo apenas me burlo de él, pues «tomo» bastantes cornadas... En cambio, ya ves tú: aún no te han «tropezao» este año.

Terminada la noble declaración, el trianero y el de Gelves se abrazaron y juntaron sus copas, y las elevaron á la salud... de los que se estuviesen rompiendo el bautismo en aquel momento por esos cafés del diantre, discutiendo la primacía de estos ídolos.



Su Santidad el Papa
Joselito I el Sabio.

TODO PUEDE SER



—¡Qué viejo está el pobre don Segis! Se ha levantado un conejo al pasar él, y como si no....

—Mujer, será que le gusta tirarlos echados...

Bien es cierto que, no solamente se apasionan los indocumentados y los que, como suele decirse, no ven dos dedos más allá de sus fosas nasales.

Todo un Ricardo Torres, *Bombita*, hase visto en la imprescindible necesidad de hacer declaraciones sensacionales sobre tan arduo problema, como es el estado actual de la torería.

—En España —ha dicho— no hay más que un torero: Belmonte.

Claro que, al ex diestro de Tomares, no le importaba que el propic Belmonte hubiese reconocido el mérito de Joselito, ni que el toro de Belmonte sea la «contrafigura» del que él «usó». Le importaba, eso sí, poner de relieve el despecho que, aun vitando, se remueve en su sér á cada triunfo de los *Gallos*.

Pero, mal que le pese al industrioso ex torero, nosotros creemos en el Sumo Pontifice de la tauromaquia, jefe de la Iglesia taurina, cuya cabeza es José Gómez Ortega.

No hemos hablado con *Gallito*. Nos lo han impedido tres razones, á saber:

Que no somos amigos suyos, aunque sí admiradores; que no cobramos nada por estas pobres líneas, y que sabemos, sin necesidad de molestarle, qué es, sobre poco más ó menos, lo que debe decir.

¡Lo que «debe» decir; no lo que «puede» decir! ¡Hay cosas que no pueden decirse!

Pues bien; Joselito debiera habernos dicho que no le ha perjudicado la guerra europea, puesto que tiene contratadas todas las fechas del calendario taurino, y que no perjudicándole tamaña guerra, ¿cómo va á perjudicarle la «guerrilla» de encrucijada de dos ó tres «revisteros» de treinta lectores?...

Joselito debiera decir que no le tiene miedo á

Gaona, cosa que no se atreverá á decir éste de los toros de más de tres años y de más de 19 arrobas.

Joselito debiera decir de qué procedimientos se valen algunos toreros para «sacarle» corridas y desacreditarle luego, recordando, á este efecto, que Currito Posada, arrepentido de haber dicho en Barcelona que á José le habian echado un toro al corral los valencianos, tuvo que escribir una carta pidiendo perdón en *The Kon Leche* y confesar y oír misa en Pamplona todos los días de feria. (Aunque hay quien afirma que Curro no oyó misa por arrepentimiento de su mentirilla, sino para hacerse cartel... de «religioso», ya que en la plaza no se lo pudo hacer de «torero».)

Joselito debiera decir que son absolu-

tamente inexactas las aventuras amorosas caprichosamente hilvanadas por una pluma fantástica; pero no lo dice, y calla hasta que sea hora de publicar un secreto que sabemos muy contados «personajes».

CLARITO

SUCEDIDO

En romance vulgar voy á contarte, un lance que ayer tarde á una morena le ocurrió en el tranvía de la *Bombi* con un joven procaz y sinvergüenza.

Él ascendió en la calle de Preciados, y en cuanto vislumbró á la real hembra se colocó á su lado más pegado que á su concha adherida está la almeja. Vi que el socio se hacia el distraído, y procurando dirigir su pierna hacia la que tenía más cercana

de la juncal mujer que iba á su izquierda, tanteaba el terreno.

Ella, sin duda, de la faena de él no se dió cuenta; pero el majo, creyendo que la maja admitía en principio sus majezas, la dirigió unas frases que el sonrojo hizo asomar al rostro de la bella.

Con empeño tenaz insistió el fresco, y aún mayor debió ser la desvergüenza que á la joven dijera, pues entonces, rápida se levanta y hace seña que se pare el tranvía; y en voz alta, mirando sonriente al sinvergüenza, le dice al cobrador que mira airado: —El señor, que se baja ..

Ella se sienta, y el socio, más corrido que una mona, sin que pare el tranvía, va y se apea.

LOLO

LAS APRESURADAS



- ¿Pero qué le he hecho yo para que se vaya usted corriendo?
—Nada grave. ¡Es que yo necesito tan poco para eso!

CONSUELO VELLO | CANO

(FORNARINA)

Ha muerto una gran artista, una mujer hermosísima y un corazón de oro. Consuelo Vello deja la vida en plena belleza, cuando por su edad, su arte y

mujeres con su hermosura, su distinción y el aristocratismo de sus modales y aficiones.

Poseía Consuelo el don inimitable de la ingenuidad, y la copla más perversa, el chiste más pornográfico salía de sus lindos labios rojos como picardía de colegiala, lleno de intención maliciosa; pero sin ofender el pudor.

Sus manos de duquesa, hechas para acariciar, accionaban con una armonía y una gracia que inútilmente buscaremos en la generalidad de nuestras zurdas y ordinarias cupletistas.

Tal ha sido el prestigio y la excelente escuela de la *Fornarina*, que no hay una sola artista de *varietés*, de mediana categoría, que no deba a la malograda Consuelo Vello buena parte de su éxito.

Había, además, en el corazón de la *Fornarina* turnos inagotables de ternura, y al hablar con ella se echaba de ver en seguida el dejo melancólico de una muchacha cuyas ilusiones estaban muy lejos de ser lo que el vulgo pensará acaso, y que, en más de una ocasión, recordaba con pena la falda de percal y el mantoncillo de crespón de los primeros años de mozueta.

Muchos años han de pasar para que se borre de la memoria de los madrileños la figura fina, espiritual, graciosa y sugestiva de Consuelo Vello, y cada vez que surja una estrella de las *varietés*, la comparemos con aquella artista que, a

la magia de su rostro y a la pureza de su estatuaria, unía el talento y la bondad.

LA HOJA DE PARRA siente un profundo dolor por la pérdida de la bellísima Consuelito.

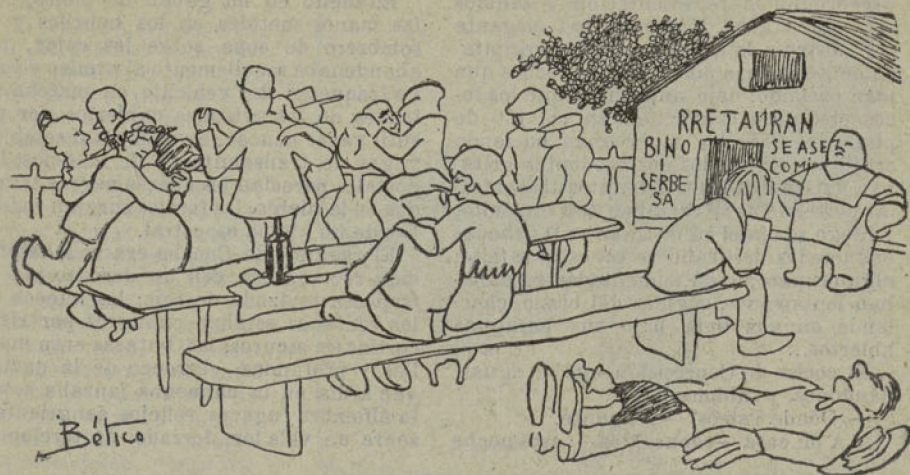
¡Descanse en paz!



su talento le esperaban grandes triunfos.

Pocos artistas han hecho en menos tiempo lo que la linda lavandera del Manzanares, que de los lavaderos del sediento río madrileño subió a los principales escenarios de Europa y cautivó a hombres y

EN LA «BOMBI»



Un aspecto de los merenderos con *varietés*, aunque el espectáculo, según se ve, no tiene nada de variado.

...Y vamos tirando.

Montado sobre un pollino
se retrató Marcelino,
y ahora cuesta gran trabajo
saber cuál es el de abajo.
¡Si estará bien el indino!...

¿Por qué se perfuma tanto
la boca Pura Vidal,
y huele que es un encanto?
—Pues porque huele muy mal.

Lloraba con desconsuelo
cuando su suegra murió,
Barrantes, y don Marcelo
á Barrantes consoló.
Y ante el ataúd cerrado,
decía el pobre Barrantes:
—¡Lo que yo hubiera gozado
si se llega á morir antes!

Un día, en el hospital,
examinando un doctor
el cadáver de Vidal,
lo halló una herida mortal
y lanzó un grito de horror.

Y después, con petulancia,
dijo el doctor, sonriente:
—De heridas hay abundancia;
pero, sfortunadamente,
tienen muy poca importancia.

Un día de Carnaval
un cojo se disfrazó,
y no se hallaría mal,
cuando al espejo exclamó:
—Este traje de avestruz
me transforma en un dandy;
la madre que me dió á luz
no me conoce hoy á mí.

Por una equivocación,
pues su suerte fué fatal,
le dieron un palizón;
y al verlo en el hospital,
su madre, llorando, dijo:
—¿Qué es lo que me dan aquí?
¡ay! ¡si este cojo no es mi hijo!
¿Me van á engañar á mí?

Y el cojo, entonces, gritó:
—Madre, acerté sin querer;
si ya lo decía yo...
¡que no me iba á conocer
la madre que me parió!...

Luis ESTESO

UNA HISTORIA

Terminó la representación y salimos del t. atr. Una multitud elegante ostruía la acera tomando precipitadamente y como por asalto los coches que iban pasando: bajo una lluvia que los focos eléctricos convertían en polvillo de plata, los caballos cabeceaban haciendo crujir sus arreos; los automedontes gritaban avisando a los transeúntes distraídos, las portezuelas se cerraban con estrépito, y luego se oía el ruido sordo de las ruedas engomadas deslizándose sobre el asfalto; algunas parejas de enamorados se alejaban lentamente, cogidos del brazo, charlando en voz baja bajo sus paraguas abiertos...

El coche de Concepción estaba aguardándonos, y subimos a él.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A mi casa —repuso ella—; esta noche

me perteneces, y prometo usar de mi derecho hasta muy tarde.

Envuelto en mi gabán de pieles, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero de copa sobre las cejas, me abandonaba muellemente al rítmico y suave traqueteo del vehículo en marcha. A través de los cristales cubiertos por un sutil vapor acuoso se veían pasar sombras vagas de transeúntes y de edificios; los portales parecían brochazos negros trazados en la niebla; los faroles surgían rodeados de un nimbo espectral.

El gabinete de Concha era una habitación rectangular, con un dormitorio a la francesa tapizado de rojo: los huecos de las ventanas estaban cubiertos por ricos cortinajes oscuros; las butacas eran muelles y profundas; el tronco de la encina que ardía en la chimenea lanzaba sobre la alfombra fugaces reflejos sangrientos; sobre un velador, forrado de terciopelo

LAS CASAS DE LOS RUIDOS



—Vaya, no es nada.

—Pues, chica, me he quedado de una pieza.

—Más vale así.

azul, las tazas, llenas de exquisito café, humeaban...

Mientras Concepción, en pie delante de un espejo, cambiaba su traje de calle por una bata de *guipure* con encajes y mangas perdidas, yo, sentado sobre un diván, la miraba distraidamente, recordando nuestra fraternal amistad de diez años. La conocí cuando casi era una niña, allá en los comienzos de su deslumbrante carrera de peledora; luego, y á pesar de sus errores, estuvo á punto de casarse con un anciano barón, á quien la muerte impidió cumplir su loco deseo, y más tarde supe que vivía en París, derrochando su dinero con orientalesca esplendidez. Tuvo muchos amantes, muchos... tantos, que no podían contarse por los dedos... Actualmente, era propiedad de cierto marqués amigo mío, cuyas rentas ascendían á dos millones de pesetas. Y pensando en ésto miraba á Concepción, contemplando sus brazos, que habían sabido retener la ilusión de tantos príncipes desencantados de todos los placeres, sus ojos que sirvieron de incentivo y de espejo á tantos deseos, sus labios rojos, llenos de experiencia...

Concepción vino á sentarse junto á mí, y mientras bebíamos café, empezamos á hablar. Poco á poco, ligando nombres, zurdando recuerdos, fué narrándose su historia, historia escandalosa de la cual yo conocía algunos capítulos. Concepción parecía muy contenta.

—A tu lado —decía—, soy feliz; eres un hombre que no me desea; por eso tu cariño es el único que no me ofende... ¡Y si supieras cuánto halaga á nosotras, artistas del amor, ser queridas así!...

Continuamos hablando, reculando siempre hacia el pasado. Las horas, esas horas soñolientas del amanecer, tan gratas para los noctámbulos, pasaban dulcemente...

—¿Y tu primer error? —pregunté— ¿quién fué responsable de tu primer desliz?...

Los ojos de Concepción expresaron la suave tristeza que adquiere el rostro de

PENSAMIENTOS



—Gustavo no viene ya. Otro más. Dæcididamente, el amor es como los guantes: entra y sale tan á menudo, que acaba por romperse.

los ancianos al recordar una inocente travesura infantil.

—Mi primer... ¿amor?... no; ésa no es la palabra; pero, en fin, valga ésa á falta de otra mejor; mi primer amor fué Paco Lasanta.

—¿El pintor?

—El mismo. ¿Le conoces?

—¡Muchol... Es íntimo amigo mío.

—Pues bien; ése...

Lentamente, hablando con el abandono con que las personas muy vividas refieren los sucesos más graves, cual si la experiencia les hubiese demostrado que nada es irremediable ni definitivo, Concepción evocó los episodios y pormenores de aquella vieja novela enterrada. El lance fué muy sencillito, muy vulgar... Ella acababa de llegar á Madrid, tenía diez y seis años y estaba de doncella en una casa de huéspedes. Allí el trabajo era grande; el sueldo, escaso; Concepción madrugaba con el sol, y por las noches se recogía muy tarde, después que todos estaban acostados; entonces, metida en su lecho, la pobre lugareña lloraba de aburrimiento, acariciando la ilusión de venturas grandes y vagas, y hallándose muy aburrida, muy triste, muy sola, bajo su faldilla de percal... Una noche, yendo á entregar unas camisas, conoció á Paco Lasanta, que entonces em-

pezaba su carrera. El joven pintor la enamoró, la deslumbró con sus promesas, y fué... Fué porque aquélla había de ser... porque la virginidad es un valladar para la ambición de las mujeres pobres. Poco después el pintor olvidaba su conquista; ella, que le quería, le buscó una vez y otra... Siempre le hallaba sentado junto á la ventana de un café de la calle de Sevilla, devorando su juventud entre amigos de buen humor.

—Una tarde de Agosto —prosiguió Concepción—, Paco, en lugar de limitarse á saludarme desde lejos, como otras veces hacía, salió á la calle. Recuerdo que me puse muy colorada, porque yo era una mozueta y él un hombre elegante y de mundo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ya ve usted —repuse—; lo de siempre, servir...

—Pues, vente mañana —dijo—, y te haré un regalo.. Ahora estoy ocupado.

Al día siguiente volví. En cuanto me vió, salió del café.

—¡Toma! —exclamó—; mira lo que traigo para ti.

Y me entregó un corte de vestido, unos pendientes de coral y un billete de cincuenta pesetas. Luego añadió, poniéndome en las manos un florero cargado de varas de nardos:

—¡Ea, con esto puedes dejar de servir y ganarte la vida! ¡Ya eres una mujer!...

Después de iniciarme, aquel regalo era

el espaldarazo que me armaba pecadora. Así nos separamos.

—Como ves —añadió Concepción sonriendo—, si no soy la mejor obra de Paco Lasanta, sí soy su obra más bella. Lo que demuestra que en amor, como en arte, la bondad y la belleza no siempre van juntas.

EDUARDO ZAMACOIS

Una buena acción.

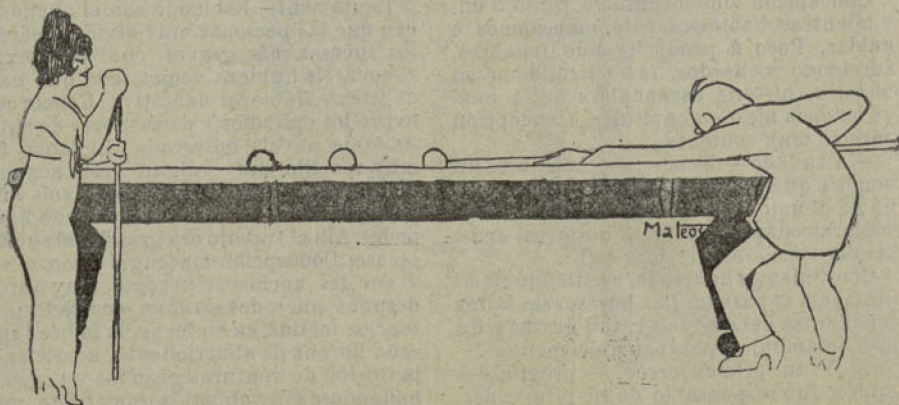
Cuando Carlitos Avutarda recorrió en un vuelo los 125 kilómetros que separan á París de Orleans, el Club de Aviación francesa de la *ville lumière* se creyó en la obligación de festejar á nuestro compatriota, organizando un *champagne* de honor con asistencia de buena parte del «todo París».

En aquella fiesta conoció el intrépido aviador á Margarita de Poissy, deliciosa muñeca parisina, casada con un ventruado saco de billetes de Banco, á quien sus criados llamaban su excelencia el barón de Poissy, y los maledicentes, *le cocu malgré lui* (1).

Durante ocho días fué Avutarda el hombre-cillo á la moda en París, y por espacio de varios meses el amante de la linda Margot; pero no temáis que os aburra con el

(1) Así, en francés, gana mucho la moral.

PASANDO EL RATO



—Por Dios, Ramón; no tienes fuerza ni para atacar.

—¡Toma! Pues para eso es para lo que no tengo fuerza.

ordenado relato de aquellos amores; sólo contaré una sabrosísima aventura que, con motivo de ellos, acaeció á nuestro compatriota.

Era el estío. Margarita, fiel cumplidora de las rutinas mundanas, lucía su apetitoso palmito en Saint Malo, por aquel entonces playa á la moda, y Carlitos se consumía en París, víctima de una enfermedad vulgarísima y españolísima, que se conoce bajo el nombre de *sindineritis*. Una mañana, cuando todavía se encontraba en el mullido lecho, recibió una carta y un paquetito. La carta era de Margot, y decía así:

«Queridísimo:

»Mi cuñada Irene, de paso para Bruselas, se detiene en París, y, naturalmente, en mi casa, por espacio de dos días. Dada su insaciable curiosidad, no dejaré de revolver en los cajones del *budoir* de mi alcoba, donde guardo tus cartas, tus inapreciables cartas, pichoncito mío.

»Figúrate, nene, la catástrofe que amenaza á tu pequeña Margot. Adjunto recibirás un paquete conteniendo las llaves de la puerta de entrada y del *budoir*, pues es mi deseo que, anticipándote á mi cuñada, vayas á mi casa y recojas tus cartas, que á mi vuelta me entregarás, y reelaremos juntos entre abrazos, besos, etc., etc.

¡¡Mil un beso de tu aterrorizada

»Margot.

»P. S. Esa no llegará hasta las once de la mañana de hoy. Tienes tiempo sobrado para realizar mi salvamento. Vale.»

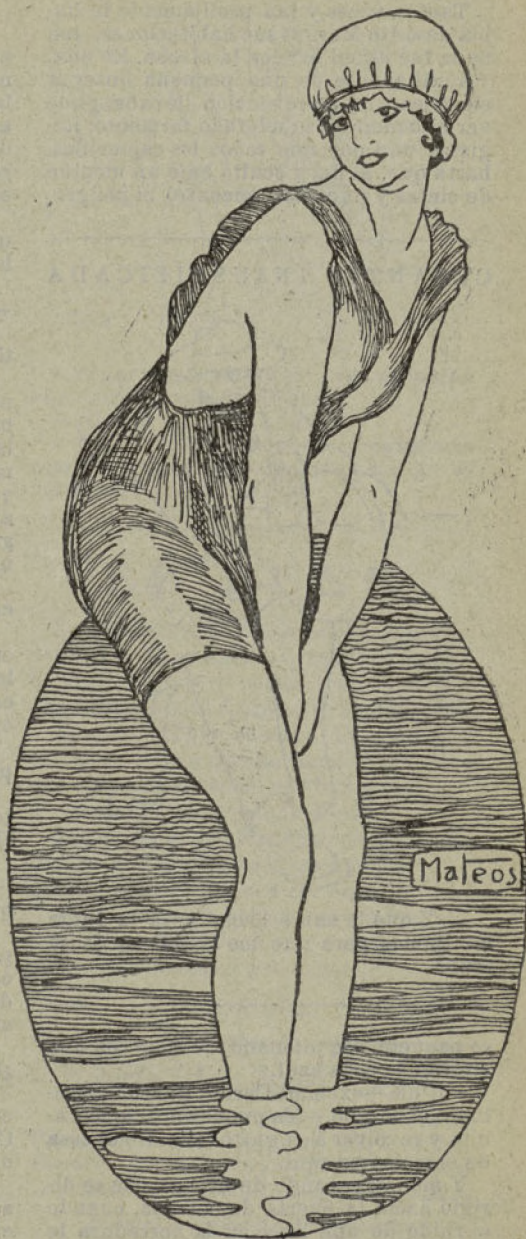
—¡Tiempo sobrado! —exclamó Carlos, rechazando con enérgicos puntapiés las ropas de la cama. —Esta lequinaria de Margot desconoce el valor del tiempo. ¡Que me aspen si no son ya las diez dadas!

Se vistió rápidamente, y un rato después un *auto* veloz le dejaba próximo á la puerta del domicilio de Margarita. Quiso su mala estrella que el portero, de ordinario sepultado en su chiribitil, estuviese indolentemente recostado en el quicio de la puerta fumando una pipa.

—¿Y cómo paso por delante de él? —se decía Carlos. —Me preguntará que dónde voy, y ¿qué le respondo?

Hubo de aguardar el impaciente Avutarda á que el celoso cancerbero cruzase la calle para decir «dos palabritas» al tabernero de enfrente, y entonces lanzóse á todo correr escaleras arriba, hasta llegar al piso segundo, en cuya puerta de la derecha vivía Margarita. Hizo jugar en la

¡ESTÁ FRIA!



—¡Qué fría! Ustedes dirán lo que quieren; pero no pienso meterme ni un dedo más.

cerradura una de las llaves que recibiera, y la puerta cedió.

Tantas voces y tan prolijamente le había descrito Margot sus habitaciones, que no le fué difícil dar con la alcoba. En ella, y auxiliándose de una pequeña linterna eléctrica que á prevención llevaba, pudo ver el *budoir* de su adorado tormento. Registró uno por uno todos los cajoncillos, hasta que, al fin, y oculto bajo un montón de cintas y puntillas, encontró el peligro.

CESANTÍA INJUSTIFICADA



—¿Y qué le habré hecho yo á la Junta de Damas para que me expulsen de su seno?

so paquete, coquetonamente liado con una cintilla de seda azul.

—¡Puf! —exclamó Carlos, guardándose-lo en el bolsillo.— Ya puede venir la cuñada y revolver á su gusto. ¡Ea! No es cosa de eternizarse aquí.

Y monologuando de esta suerte se dirigió hacia la puerta de entrada, cuando el ruido de una llave en la cerradura le detuvo espantado:

—¡Horror! ¡Alguien viene! ¿Dónde me escondería?...

Giró la vista en torno suyo, y ningún

rincón, ningún mueble donde ocultarse; solamente la cama...

—¡Oh! La cama...

Intentó deslizarse debajo; pero tan baja era, que le fué imposible. En esto los goznes de la puerta rechinaron. Carlos apagó la linterna, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se metió dentro del lecho tapándose cuanto pudo con la colcha. Se oyeron pasos en el vestíbulo. Luego, alguien entró en la alcoba.

—Traiga usted aquí esas maletas—dijo una voz joven y bien timbrada.—Ocuparé la habitación de mi hermana.

—Como usted guste, señorita Irene—respondió una voz hombruna.

—Abra usted las persianas, señor Bautista; apenas si se ve.

Empleando todo género de precauciones, se permitió Carlos levantar un extremo del cobertor y arrojar una mirada por la habitación. En el centro de ella, é iluminada por los rayos del sol de las doce, que se colaron bonitamente en la alcoba apenas entreabiertas las persianas, se erguía una gentilísima figura ataviada con una elegante *toilette* de viaje.

—¡Ah, caramba! —musitó Carlos.— La cuñada es aceptable.

E Irene, como si quisiera corroborar esta afirmación, volvió el rostro hacia el lecho, y entonces pudo Carlos admirar una cara preciosa, alumbrada por un par de ojos de fuego.

—Señor Bautista—dijo Irene—, gracias por todo. Tenga para un ajeno.

—Gracias, señorita—repuso el portero, tomando la moneda que se le ofrecía.— ¿Desea algo más la señorita?

—No, nada; puede retirarse.

Así lo hizo el señor Bautista é Irene quedó sola... con Avutarda.

La encantadora cuñada de Margot empezó por quitarse el guardapolvo; igual camino llevó la blusa, y luego, con sus deditos aristocráticos, se desabrochó el cubrecorsé.

—¡Demonio! —rezongó Avutarda.— ¿Pensará en acostarse?

—¡Bah! —exclamó Irene en voz alta, contestando, sin saberlo, á la pregunta de Carlos.— Un poco de descanso no me vendrá mal. Haré esas compras mañana.

En aquel momento, una horrible desazón en la garganta previno á Carlos que el estornudo era inminente. Pretendió reprimirlo; pero sólo consiguió lanzar un sonoro ¡hum! que llenó de espanto á Irene.

—¿Quién está ahí? ¡Socorro!

Y ya iba á trasponer la puerta en de-

manda de auxilio, cuando Carlitos, jugándose el todo por el todo, salió de la cama y de un salto se interpuso entre Irene y la puerta.

—Señorita—exclamó—, jamás una mujer hermosa tuvo miedo de un caballero español.

E inclinóse respetuosamente dejando estupefacta á Irene.

—Pero, caballero —dijo ésta algo tranquilizada por el continente de Carlos—; usted...

—Yo... yo...

Y Carlitos no sabía qué decir.

—Sí, usted... ¿Cómo es que se hallaba en esa cama?

—Yo... yo... ¡La amo á usted, señorita!

Y Avutarda cayó de rodillas ante Irene.

—¡Jesús! —exclamó ella.

Y dándose entonces cuenta de su desnudez, se cubrió con el guardapolvo.

—Pero, caballero —repuso—, su proceder...

—Es disculpable, porque estoy enamorado.

Y seguidamente la espetó una declaración amorosa, que hacía el número cinco en su *Manual de perfecto amador*.

Supongo, lectores, que habréis comprendido el ardid. Carlos no podía explicar satisfactoriamente su presencia en aquella casa, y no se le ocurrió nada mejor que fingirse enamorado de Irene y hacerla creer que todo aquello era una trama amorosa para lograr hablar con ella á solas.

Pues, señor, que á Irene le gustó la declaración número cinco, y empezó á sonreír, admirada del atrevimiento de aquel hombre, y que... ¡claro! ¡No podía ser por menos!

Cuando al anochecer abandonó Carlos el domicilio de Margarita, murmuraba:

—No; no tengo nada que reprocharme. En todo caso, la culpa es de Margot. Además, gracias á esta combinación, las cartas están en mi bolsillo, y nadie podrá dudar de la honradez (¡je, je!) de madame Poissy. ¡La he salvado del deshonor!

Y agregó sentencioso:

—Toda buena acción tiene su recompensa.

Y recordó á Irene...

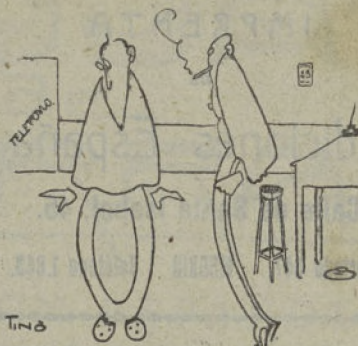
¡La vidal...

VICENTE VEGA

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

EN LA «COMI»



—Señor comisario, quiero ver al ladrón que entró anoche en mi casa.

—¿Qué le va usted á hacer?

—Nada. Es que quiero preguntarle cómo se las arregló para entrar sin que se despertase mi mujer...

EL BESO

En vuestro cuello modelado en nieve dejad que de mi amor al grato exceso deposite, señora, el casto beso que de mis labios á brotar se atreve.

Y no temáis que en sus ardores lleve oculto fuego por quedar impreso, que ha de morir entre mis labios preso si no es caricia juguetona y leve.

Aunque á fe de cumplido con las bellas os diga que del beso son las huellas preciadas rosas que el amor esparce.

Y si la sangre á borbotar se atreve, ¡han de ser un collar hecho de nieve con rubies inmensos por engarce!

A. RODRIGUEZ DE LEON

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. **Abaça, 22, tienda.** Reparte toda clase de periódicos y revistas

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

TALLERES PARTICULARES DE EDICIONES ESPAÑA

IMPRENTA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID. Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las aréjillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos bienorrágicos secetos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturban ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. 3 pesetas. Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, Libro-ro, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y correspondientes de España y América.*